

José Avello

Jugadores de billar



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Herederos de José Avello, 2001
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-642-2
Depósito legal: M. 2.863-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primavera: Espejos y cristales

- 13 Uno
- 33 Dos
- 76 Tres
- 111 Cuatro
- 166 Cinco
- 205 Seis

Verano: El lado oscuro de la calle

- 241 Siete
- 258 Ocho
- 282 Nueve
- 302 Diez
- 327 Once
- 340 Doce
- 360 Trece
- 372 Catorce
- 386 Quince
- 400 Dieciséis
- 425 Diecisiete
- 444 Dieciocho

Otoño: El cuarto jugador

467 Diecinueve

483 Veinte

506 Veintiuno

525 Veintidós

542 Veintitrés

573 Veinticuatro

609 Veinticinco

Invierno: Nieve sobre la ciudad

635 Veintiséis

A mi hijo Jasón

Primavera

Espejos y cristales

Uno

El mejor amigo de Álvaro Atienza siempre fue Floro Santerbás, pero ninguno de los dos sabía por qué. En realidad nunca se lo preguntaron. Su amistad era una costumbre adquirida en la infancia y la seguían manteniendo por las mismas razones que uno se pone unos zapatos durante mucho tiempo: por comodidad. Naturalmente, tras la comodidad se escondía el apego afectivo y el bienestar emocional propios de la amistad, pero en general uno no se pregunta esas cosas cada vez que se pone los zapatos. Además, los dos jugaban muy bien al billar. Jugaban con viejos amigos del colegio, como Rodrigo de Almar, o de la universidad, como Manolo Arbeyo, y además con otros que se fueron sumando al juego y a la amistad a lo largo de los años, pero la partida estelar del café Mercurio siempre fue entre Álvaro Atienza y Floro Santerbás. A partir de las ocho, se reunía allí mucha gente: Mari la Gorda y otros profesores y profesoras de la facultad de Matemáticas, Carmina la de Arbeyo,

Aníbal Rico con alguna de sus novias, Prieto con su taco desarmable y varios habituales más. Yo solía ir todos los días, pero de mí prefiero no hablar. Ya sé que no tengo por qué dar razones ni explicaciones de ningún tipo (porque además nadie me las pide), pero si quiero ser sincero conmigo mismo debo decir que no hablaré de mí porque no me atrevo y porque no sabría hacerlo sin mentir. Aunque, bien mirado, quizás los dos motivos sean el mismo. No estoy seguro. En todo caso, no diré quién soy, sea porque no puedo, porque no quiero o porque no lo sé, da igual.

El juego del billar consiste en darle con un taco a una bola para que ésta toque las otras dos; eso se llama hacer una carambola. Lo digo por si alguien no lo sabe, porque en los bares de moda se juega sobre todo al pool o al snooker, sobre mesas con agujeros, y eso es otra cosa. En el Mercurio se jugaba al billar de carambolas de toda la vida y se jugaba bien, incluso muy bien, y sin embargo esta historia comienza una tarde en que los tres amigos, Álvaro Atienza, Rodrigo de Almar y Floro Santerbás, por distintos motivos, lo estaban haciendo mal.

Rodrigo de Almar enlazaba habitualmente diez o doce carambolas en cada tacada, pero a juicio de Floro le faltaba fantasía para llegar a ser un jugador brillante; aunque su visión de la jugada solía ser acertada, elegía siempre la opción más fácil, asegurando la carambola presente antes que arriesgarse para preparar una serie; resultaba eficiente y seguro, pero poco elegante, al contrario que Floro, capaz de fallos estrepitosos por jugar en función de un proyecto más amplio, como si el mérito estuviese más en el futuro que en la solución de la inmediata tirada. Cada una de sus carambolas constituía una indicación, un signo hacia un camino más

fecundo, una puerta que se abría a carambolas sucesivas que ya estaban contenidas en la carambola presente; y en eso, y sólo en eso, consistía para él la belleza del billar. Cuando a veces ese riesgo le llevaba a perder con sus amigos, Floro se escudaba en la gloria de hacerlo por motivos artísticos y no, como bromeaba con Rodrigo, por desarrollar un juego reservón.

El juego menos revelador del carácter, el más neutro y escondido, era el de Álvaro Atienza. A veces se mostraba brillante, pero otras muchas, como hoy, resultaba inescrutable y confuso, sin que nadie fuese capaz de entender la finalidad de sus tiradas absurdas (y fallidas), que parecían responder a la torcida intención de quien pretende el engaño o lo imposible. Si entonces las bolas quedaban en posición difícil para el contrario, Floro le decía: «Me estás jugando a la contra, Alvarito, y eso no es nobleza baturra». Pero en otras ocasiones similares la posición le resultaba ventajosa y Álvaro Atienza, como se suele decir, quedaba «vendido» o «expuesto». De aquellas jugadas estafalarias y sin sentido apenas se podría adivinar otra cosa que una desmedida ambición (falta de todo realismo) o un oscuro descontento, el rencor impotente de quien no acepta plegar su voluntad a los estrechos límites de la física que presiden el juego del billar. Aquellas jugadas absurdas e impenetrables manifestaban en última instancia una rebelión íntima y resentida contra lo real, la rebelión de quien sabe que va a perder y, no obstante, sigue jugando. Y esta tarde de la que estoy hablando Álvaro fallaba concienzudamente, presa de una rencorosa fatalidad, como si estuviese reprochándole a la mesa una culpa profunda y general debido a la cual toda satisfacción, por mínima que fuese, resultaba imposible. No se había qui-

tado la pesada chaqueta de cuero para jugar, pese al evidente engorro que suponía para sus brazos, pero, aparte de que en el reservado del Mercurio hacía un frío sepulcral hasta que se llenaba de amigos y de humo, Álvaro Atienza jamás se quitaba la chaqueta y, si el calor lo hacía inevitable, solía dejarse puesta una bufanda o un pañuelo. Porque, digámoslo ya abiertamente, esas prendas le disimulaban la joroba. Sobre su hombro izquierdo se alzaba una pequeña protuberancia que le amenguaba el cuerpo y le forzaba a llevar la cabeza levemente ladeada. Esa oblicuidad de la mirada le daba un aspecto avieso, o bien distante, como si estuviese midiendo a su interlocutor, evaluándole y, cuando se percibían sus ojos grises con una pequeña e intensa pupila negra en el centro, condenándole. No era un hombre alto, pero su extrema delgadez y la extraordinaria longitud de las piernas en relación con el cuerpo encogido por la deformidad le hacían parecer más imponente de lo que era, aunque quizás esa impresión se debiese más al rostro grande y, sobre todo, al fulgor de su mirada de ave. Algunos le consideraban temible, cruel y malvado, sin otros argumentos que los que se deducían de su joroba, de su mirada y de su laconismo, pero esos prejuicios suelen tener carácter general. Lo extraño era que el propio Atienza parecía participar de esas ideas. Su frente se prolongaba en dos grandes entradas y llevaba el pelo muy largo recogido en una cola de caballo sobre la espalda. Como ya he dicho, nunca se quitaba la chaqueta. Se diría que todos estos detalles indumentarios revelaban una voluntad de ocultamiento, un deseo ferviente de esconder la joroba, quizás de esconderse a sí mismo; sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Álvaro Atienza había olvidado (aunque nunca se sabe todo) lo que veinte años antes habría

sido su pretensión inicial, cuando apenas se atrevía a mirar de soslayo a sus compañeras de facultad y fingía un desinterés que nunca fue tal, siempre prisionero entre la vergüenza y el orgullo, siempre precavido por miedo al sarcasmo, censurando su propio cuerpo de la exposición a las miradas ajenas. Pero ahora, casi con cuarenta y cuatro años, aquellos hábitos vestimentarios que comenzaron siendo estrategias de simulación y ocultamiento (abrigos grandes, cazadoras grandes, bufandas que daban varias vueltas en torno al cuello) se habían convertido en partes de su cuerpo, e incluso en verano sentía frío sin esas ropas. Sin embargo, en lo relativo a las mujeres, continuaba practicando el silencio y la desatención consciente con una sagacidad que nadie podría imitar: ya no eludía la mirada ni la posición frontal, como todos esos que se ponen de perfil delante de las bellas mientras hablan dando pataditas en el suelo; Álvaro las miraba de frente, pero las veía como si fuesen transparentes, como si sus ojos emitiesen rayos equis y les pudiese decir: «Mira, chica, tienes una manchita violácea en el pulmón derecho, cuídate». Ellas le respetaban a distancia, siendo esto lo mejor que se puede decir (naturalmente, excepto Mari la Gorda, pero ella es otra historia).

Dos años atrás, cuando Rodrigo de Almar regresó a Oviedo de forma definitiva, los tres retomaron la antigua costumbre de jugar juntos al billar varias veces por semana. Con el reencuentro descubrieron que apenas tenían nada que decirse, pero el billar construía un espacio donde el tiempo se podía recuperar sin palabras y la mera presencia en torno a la mesa rehabilitaba algo que parecía perdido y que era por sí mismo gratificante: el hecho de volver a estar juntos como entonces, en el viejo reservado del café Mercurio, de cré-

pito ya en aquellas remotas tardes a la salida del colegio, siempre lluviosas y siempre culpables, cuando se reunían allí con otros adolescentes despeinados para jugar al billar y al futbolín (caído felizmente en desuso) mientras fumaban a escondidas. Ahora nunca mencionaban los tiempos pasados, pero el hecho de haber convertido en costumbre aquellas partidas, casi sin proponérselo, hablaba de un oscuro deseo de borrar todos aquellos años intermedios en que se veían casi como al pasar, por casualidad. Al frecuentarse de nuevo, preferían creer que el tiempo no había pasado realmente, sino que se había quemado y se había convertido en un denso humo por el que apenas podía penetrar la memoria, porque la memoria prefería caminar a saltos, dejando en medio largos paréntesis de olvido, lagunas que ninguno de ellos mencionaba y que, en otros tiempos menos convulsos que los nuestros, hubieran conferido por sí solas el sentido a una vida. Sin embargo, así eran las cosas: hablaban de trivialidades, bebían cerveza, fumaban algunos canutos y jugaban al billar mejor que antes.

Hoy Álvaro jugaba mal, con rencor y silencio, como si en vez de jugar estuviese tratando de ocultar algo. Si el tiempo se hubiera detenido en ese instante, nadie habría podido decir que albergaba otro interés que el de las carambolas, pero el tiempo no se detiene nunca (excepto cuando todos sabemos) y la memoria puede regresar ahora sobre la espontánea inocencia de las cosas y descubrir allí retrospectivamente que no había ni inocencia ni espontaneidad. Las noticias de mañana, lo que llegamos a saber más tarde, como se suele decir «a toro pasado», iluminan de tal forma los recuerdos que el acontecer ya conocido se nos aparece como una novedad inesperada: ¡una novedad ocurrida ya hace

un año! Es verdad, decimos, estaba más pálido que de costumbre, pidió más cerveza antes de terminar las cañas que teníamos casi llenas, estaba desusadamente inquieto y nervioso: todo se descubre cuando ya ha pasado por primera vez. Álvaro Atienza guardaba silencio con premeditada obstinación porque aquel día le había ocurrido algo que trataba de ocultarse a sí mismo. Las grandes conmociones del espíritu, al igual que las enfermedades incurables, se revelan un día, de repente, en una nimiedad: un perfil entrevisto en un autobús, un verso leído en la infancia que se recuerda súbitamente, una insignificante calentura en un labio, un leve dolor en la espalda. Parecen nada, pero, de pronto, como si fuesen puertas por las que se accede a un mundo de suelos de nube y algodón por el que no podemos caminar, marcan el instante decisivo desde el que ya no podemos regresar, porque la puerta es de una sola dirección y el tiempo comienza a contarse de forma distinta, como un resto, no como lo que habrá, sino como lo que queda e inexorablemente se consume. Había sido aquella misma tarde de marzo cuando se abrió la puerta y Álvaro Atienza traspasó el umbral hacia el país sin suelo, hacia el territorio del tiempo de descuento, el tiempo en el que el partido ya ha terminado y sólo la conmiseración o el despiste del árbitro permiten un hálito de esperanza y, a la vez, de desesperación.

Ese miércoles de marzo Álvaro Atienza se había levantado casi a las tres de la tarde, justo con el arranque del molino que trituraba las piedras de feldespato, cuyo motor oía perfectamente desde la cama. Aun antes de abrir los ojos, pasaban por su mente las imágenes de los obreros moviéndose con premeditada lentitud: primero removían las lonas

de la tolva, de donde se desprendía un polvillo gris que brillaba en el aire e impregnaba con uniformidad las vigas y el suelo del tendejón, después golpeaban pausadamente la vieja cinta de la mezcladora de caolín para que no se atascase y luego, cuando se atascaba, lo que ocurría cada poco, paraban un rato el motor y fumaban un cigarrillo. Trató de dormirse otra vez durante esa pausa, pero no lo logró, pese a que se había acostado cuando ya despuntaba el día, ocupado en el montaje de un vídeo. Aunque no tenía una mesa de mezclas propiamente dicha, su equipo era lo suficientemente sofisticado para permitirle montar fotografías, banda de sonido e imágenes de ordenador sobre un mismo soporte videográfico, si bien el material de que se nutría procedía en su mayor parte de grabaciones de la televisión, con las que componía relatos de unos pocos minutos que estudiaba y modificaba con reiteración. Floro Santerbás tuvo la ocasión de contemplar alguno de aquellos vídeos y quedó impresionado. «¡Qué bárbaro! –le había comentado–, no pude apartar la vista de la pantalla ni un solo minuto; lástima que la película sea tan corta y yo no haya entendido nada, pero dime, ¿por qué ninguno de esos tíos y tías llegan nunca hasta el final? Comienzan a matarlas y, ¡zas!, aparece otro que comienza a matar a otra y luego un tigre que comienza a matar a un ciervo y luego un drácula que va a morder, pero nunca nadie termina la tarea.» «Ya, eso digo yo», había respondido lacónicamente Atienza. Su archivo de vídeos era una organización de fragmentos («besos», «despedidas», «miradas», «montañas»), cuya finalidad y criterio de selección ninguno de sus amigos llegaba a comprender muy bien. Pero ésa, como otras, era una de las rarezas que se le suponían a Álvaro Atienza.

No necesitó mirar el reloj para saber que ya eran las tres. Aquellas imágenes laborales que circulaban por su cabeza se habían repetido miles de veces desde que tenía memoria para recordar y le arrastraban a una cadena de asociaciones inevitables: el dolor en el pecho o en la espalda, el amargo sabor de boca producido por el alcohol de la noche anterior, la amargura del alma reanimada una vez más por los ruidos fabriles que, cada mañana de su vida, le empujaban hacia la conciencia de ser quien era, raptándole del sueño donde a veces podía ser otro, no importaba quién. Su casa, como su infancia, era la exacta prolongación de la fábrica Lozas y Porcelanas Atienza, S. L., una fábrica que estaba en la decrepitud y que cada día se reproducía a sí misma con los mismos exactos movimientos, cada vez más lentos, cada vez más inútiles. Había logrado ignorarlo casi todo acerca del negocio, pero era imposible, incluso para él, no ver aquel desmoronamiento que amenazaba con arrastrar la vida de su padre, la de su hermana y, aunque él no quisiera reconocerlo, la suya propia. Permaneció durante un rato más con los ojos cerrados repitiéndose lo mismo que se decía cada mañana, como una cantinela: «No me importaría morir en este mismo instante». Se había acostumbrado a combatir el sentimiento de culpabilidad con el autodesprecio y luego combatía el autodesprecio con aquel eslogan de la conciencia que era, al fin, el que le daba fuerzas para salir de la atroz duermevela y levantarse de la cama. Morir. Así resultaba más fácil afrontar el hecho de que, tarde o temprano, dejarían de renovar el contrato en la universidad, que, un día u otro, la fábrica dejaría de funcionar, los acreedores se echarían encima y se verían abocados a la ruina. Pero no hacía nada por impedir ninguna de las dos cosas, ni se imaginaba remo-

tamente lo que podría hacer, porque jamás pensaba en ello. Simplemente, la idea de morir le resultaba más gratificante: todo lo aliviaba, trivializaba y disminuía. Y siempre estaba allí, al alcance de la mano.

Por fin abrió los ojos y contempló las oscuras vigas de castaño que sobresalían del cielo raso. Les hacía falta una mano de pintura. En el aire estancado de la habitación bailaban pequeñas motas de polvo iluminadas por los pocos rayos de sol que se filtraban a través de las contraventanas de madera, hundidas en el muro como pantallas de televisión. Miró hacia el techo e imaginó a su padre en la habitación superior, justamente encima de la suya, metido en la cama, como él, leyendo el periódico con las gruesas gafas de miope levantadas sobre la frente y acercando los papeles a la cara como si los estuviese olfateando. Ya habría terminado de comer y el carrito que le servía de mesa y de atril estaría aún lleno de restos de comida, esperando a que Agustina o su hermana Teresa subiesen a retirarle la bandeja, para que pudiera volver a trabajar en sus libros de contabilidad. Llevaba más de dos años así, autodeclarado enfermo terminal, sin salir de su habitación excepto para ir al cuarto de baño y casi sin levantarse de la cama, manteniendo un permanente rictus de dolor que se cambiaba por una expresión sombría, pero relajada, cuando creía que nadie le miraba. Ya no le regañaban, ¿de qué serviría?, incluso ahora causaba menos molestias que cuando andaba por la fábrica y por la casa tropezando con todo y rompiendo floreros al pasar. Toda su vida había sido un cero a la izquierda en casa de los Atienza y hasta sus hijos, con el paso de los años y sin premeditación, simplemente porque la gente los conocía así, fueron sustituyendo el Fernández de su primer apellido por una

«efe punto» y luego hasta perdieron esa «efe punto». Ahora, desde hacía más de dos años, el pobre Melquiades había renunciado a vivir, pero sin atreverse a morir, y Álvaro se sentía unas veces indignado y otras apenado por lo que percibía como una profunda y radical mediocridad. Tras una simple gripe, en la que sufrió una fiebre más alta de lo normal, don Melquiades había reaccionado con un terror inmotivado e infantil que le impedía salir de la cama. Resultaron inútiles todas las argumentaciones, las prescripciones médicas y las amenazas familiares, el anciano se apoltronó entre las sábanas y, por una vez en su vida, fue inflexible en su decisión. Desde allí llevaba las cuentas del negocio garrapateando cifras sobre sórdidos libros de cartón, tan remotos como la época en que se inventó la contabilidad de partida doble. Varias veces al día, su hija Teresa entraba en aquella habitación con albaranes, con facturas o con comida, pero siempre dando órdenes con una exasperada energía que se manifestaba en el elevado tono de la voz y en la prisa. Teresa adoraba las misas de doce, los gritos y la prisa. Ella llevaba la casa, dirigía la fábrica, despachaba con los viajantes y con los proveedores, pagaba las facturas, peleaba con los bancos y además tenía tiempo para ir al Club de Tenis y mantener una aceptable vida social. Los obreros, tan antiguos y desmoralizados como la propia fábrica, solían decir de ella que era «mujer de mucho genio». Sin embargo jamás se había atrevido a despertar a su hermano, aunque se quedase en la cama hasta las cinco de la tarde. Por el contrario, había impartido severas órdenes a Agustina para que, si Alvarito no se levantaba antes de las dos, tuviese dispuesta la mesa labrada del comedor, primorosamente acicalada con la mantelería de hilo, la vajilla de filo dorado y los cubiertos de

plata; la comida propiamente dicha se la dejaban en pequeños recipientes de cerámica listos para ser calentados en un horno microondas instalado sobre el vetusto aparador. Sólo en muy contadas ocasiones coincidían los dos hermanos a la hora de comer. Se veían poco y hablaban poco, siempre con ajustada cordialidad. Álvaro Atienza no era persona que se dejase mimar y su hermana, sólo tres años mayor que él, debía reprimir y controlar los pocos arrebatos de ternura que a veces afloraban a su rostro, muy desentrenado ya para la expresión de sentimientos.

Nada más ponerse en pie Álvaro notó que el dolor de la espalda se generaba en el hombro derecho, a la altura del cuello, y descendía desde allí hasta el final del omoplato, donde le agujoneaba un pinchazo cada vez que realizaba cierto movimiento. Identificó inmediatamente su naturaleza y sus causas en el mapa del dolor que tenía impreso en la mente desde su infancia y recordó que llevaba varios días sin hacer los ejercicios que le ayudaban a sostener su espalda. En uno de los rincones de la enorme habitación estaban las espalderas y los perversos aparatos de gimnasia sobre los que debía desplegar y torturar su cuerpo. El intento de mantenerse erguido ya era ilusorio hacía más de treinta años, cuando su tío Álvaro los instaló allí con ciego optimismo y una jovialidad que ahora a él se le antojaba cruel. «¡Haré de ti un atleta, Alvarito!», había dicho. Y durante años hicieron gimnasia juntos, porque el tío Álvaro era un hombre indomable y no soportaba que le quitaran la razón, aun a costa del sufrimiento de un niño. Por supuesto, no consiguieron enderezar lo que estaba torcido pero, al menos, desarrolló una musculatura mental y una disciplina de la voluntad que le permitieron sobrevivir a la desesperación. Ahora, sólo

cuando los dolores se hacían muy persistentes volvía ocasionalmente a los aparatos de gimnasia durante unos días, para dejarlos otra vez. Prefería las aspirinas.

A las seis de la tarde había quedado en recoger a Rodrigo de Almar en la Escuela de Artes, donde éste impartía clases de dibujo desde que había regresado a la ciudad. Tenían el propósito de acercarse después a Cimadevilla, en Gijón, donde alguien iba a proporcionarles un par de gramos de coca, así que, antes de subir al comedor, Álvaro salió por la puerta trasera de la casa y se acercó al zaguán del garaje, donde tenía la moto. Hacía un día espléndido, frío y azul. Un joven marroquí, muy espigado, se acercó corriendo hacia él. Venía del chamizo que antes había sido la caseta del guarda y que, con los años, quedó unido mediante diferentes techumbres a la nave del empaquetado. Ahora el conjunto servía como almacén de todo tipo de cachivaches y también como precaria vivienda del marroquí, quien tenía un incierto empleo de guarda nocturno y hombre para todo.

-Oye, Tahar -le dijo Álvaro-, límpiame la Norton y engrásale la cadena, pero pásale luego un paño, que si no me pongo como un Cristo.

-Ahora mismo -contestó el joven muy sonriente.

Parecía contento de ser útil y, aunque Álvaro no diese jamás muestras de ello, el joven marroquí le caía muy bien. Sabía que era mucho más inteligente y cultivado de lo que su condición laboral hacía suponer y le admiraba que, aun así, Tahar siempre estuviese alegre. Pero Álvaro Atienza había construido una imagen de sí mismo que le impedía mostrar afectividad. Desde que era un niño había aprendido a discernir las miradas que recibía de los demás, y en ese espejo, tan deformado como su espalda, se generaba su propia